

*Seminario apertura, Valladolid, 1969-70*

UNIVERSIDAD DE VALLADOLID

**PEDRO GOMEZ BOSQUE**

Catedrático de Anatomía de la Facultad de Medicina

# LA CIENCIA Y LA FILOSOFIA EN LA FORMACION DEL UNIVERSITARIO

Lección inaugural del Curso 1969-70  
de la Universidad de Valladolid

LA CIENCIA Y LA FILOSOFIA EN LA  
FORMACION DEL UNIVERSITARIO

(lección Inaugural del Curso 1969-70 de la Universidad de Valladolid)

Disc. Apert. UVA 69/70 BiCe



5>0 0 0 0 4 0 7 0 1 6



COPHA 407016

5.784

UNIVERSIDAD DE VALLADOLID

**PEDRO GOMEZ BOSQUE**

**Catedrático de Anatomía de la Facultad de Medicina**

# LA CIENCIA Y LA FILOSOFIA EN LA FORMACION DEL UNIVERSITARIO

Lección inaugural del Curso 1969-70  
de la Universidad de Valladolid



Depósito legal: VA. 466 - 1969



---

Talleres tipográficos de la Editorial SEVER-CUESTA. Prado, 10 y 12 - Valladolid

# INDICE

	Pág.
DEDICATORIA .....	7
LEIT-MOTIV: Lo que es la Universidad actual y lo que no debe ser .....	9
I. Donde se plantea un interrogante: ¿En qué consiste la verdadera formación universitaria? .....	11
II. El conocimiento y sus tipos .....	13
III. El conocimiento científico, por sí solo, no es formativo. Para conseguir la formación plena hay que conjugar la Ciencia con la Filosofía .....	17
IV. De cómo la Ciencia se preocupa por conocer objetos concretos mientras que la Filosofía se interesa por la generalidad del conocimiento .....	19
V. De cómo la Ciencia se ocupa de seres particulares mientras que la Filosofía se ocupa del ser en su generalidad .....	23
VI. De cómo la Ciencia nos ayuda a conseguir lo que queremos mientras que la Filosofía nos dice lo que debemos querer ...	27
VII. De cómo la Ciencia se orienta hacia lo relativo y hacia lo más próximo mientras que la Filosofía suspira por lo más lejano, lo más último .....	33
VIII. De cómo la potencia cognoscitiva del hombre se reparte entre el entendimiento y la razón .....	35
IX. Donde se da razón de la tesis mantenida al principio del Discurso .....	39
X. La "misericordia" y la gloria de la razón. La razón creyente o la fe razonada .....	41
XI. El saber científico y el saber humanista en la historia de la Universidad .....	45
XII. Posibles soluciones: La facultad de cultura y el estudio general .....	49
XIII. Posibles soluciones: Cómo vivir la actividad científica concreta con un estilo filosófico .....	51
XIV. Posibles soluciones: La Ciencia es un puente que conduce a la Filosofía .....	57
XV. Morfología y Filosofía .....	61
XVI. Final .....	69
BIBLIOGRAFÍA .....	71

## **DEDICATORIA**

*Como signo de admiración y respeto dedico este discurso al Profesor Doctor D. Alejandro Díez Blanco pues con su espíritu inquieto y clarividente me ha abierto el camino de la Filosofía.*

## LO QUE ES LA UNIVERSIDAD ACTUAL Y LO QUE NO DEBE SER

“Y esta es la pregunta decisiva :

¿Es la Ciencia moderna la única tarea de la Universidad?

¿O debe la Universidad transitar por todos los caminos del pensamiento que conducen a la verdad?

La situación actual de la Universidad, parece dar la respuesta :

Las Ciencias se han dividido en territorios que se desconocen mutuamente. La Universidad es un agregado de escuelas facultativas destinadas a una formación especializada. Es el almacén en el que se contienen conocimientos apetecibles porque sirven para conseguir metas concretas y determinadas. Tras el orden de la organización se oculta la anarquía del espíritu. Los fundamentos en la fe han desaparecido o no se confiesan abiertamente. En la edad técnica han alcanzado una significación dominante las Ciencias de la Naturaleza y la Medicina. La Filología y la Ciencia histórica tienen como única finalidad la formación de maestros y profesores. Las Ciencias económicas y sociales han hecho recientemente su aparición. Sólo en un sector muy limitado se mantiene aún la Teología. La Filosofía ya no tienen una situación bien fundamentada y se ha transformado en un asunto enojoso para todos.

A esto se añade que la Universidad está en peligro de ser fragmentada en institutos y clínicas. Los Jefes de Instituto solamente se sienten profesores en segunda línea. Es cada vez más rara la existencia de investigadores de fuerte personalidad que se reúnen para discutir y que con un mínimum de medios se esfuerzan serena y meditativamente en alcanzar la Verdad.

La unidad de la Universidad se ha transformado en una ficción y está en marcha su disolución en escuelas especializadas”.

(KARL JASPERS en *Verdad y Ciencia*).

*Magnífico y Excelentísimo Señor Rector,  
Excelentísimos e Ilustrísimos Señores,  
Compañeros de Claustro,  
Estudiantes,  
Señoras y Señores:*

## I

### **DONDE SE PLANTEA UN INTERROGANTE: ¿EN QUE CONSISTE LA VERDADERA FORMACION UNIVERSITARIA?**

Puesto que hoy celebramos el comienzo de un nuevo curso académico me ha parecido conveniente que mi discurso de apertura sea una especie de breve meditación acerca de este interrogante que debemos plantearnos todos los que pertenecemos a la familia universitaria:

¿En qué consiste la verdadera formación que debe impartir la Universidad?

¿Cuál es el tipo de conocimiento creado y transmitido por la Universidad que puede dar al joven universitario esa manera de ser que caracteriza al hombre cultivado?

En el momento actual es imprescindible intentar resolver esta pregunta por que el destino de nuestra Institución depende sin duda alguna del tipo de respuesta que sepamos encontrar.

Corren aires de reforma y todos nosotros, estudiantes o profesores, estamos inquietos y deseamos participar en las posibles novedades, novedades que si han de ser eficaces deben fundarse en una reflexión sobre la esencia de la Universidad.

Por ello está indicado que detengamos por un momento la labor cotidiana y que dirijamos la atención a los fundamentos espirituales de la actividad docente, y ello tanto más cuanto que algunas de las reformas previstas, por ejemplo esa tendencia a hacer más breve las carreras y reducir el tiempo de la educación superior en aras de un acceso más fácil al bienestar económico, parecen amenazar estos fundamentos. Vivimos en la época de la velocidad y esta prisa por llegar a un objetivo lejano que una vez alcanzado deja de ser satisfactorio parece haber contagiado la marcha de las cosas del espíritu; pero el espíritu, para madurar, necesita holgura temporal, horas calmas de reflexión y meditación; por eso si cercenamos el tiempo dedicado a los estudios superiores nos encontraremos con personas que sin completar su formación en el Bachillerato atraviesan como meteoros la Universidad para hundirse definitivamente en el tráfago de la vida cotidiana sin haber tenido oportunidad de acceder a las alturas de una auténtica formación espiritual.

## II

### EL CONOCIMIENTO Y SUS TIPOS

Es evidente que la formación universitaria ha de alcanzarse a través del conocimiento y por lo tanto, antes de seguir adelante, conviene que definamos el conocimiento y que hagamos una sumaria clasificación de sus diversos tipos.

Según LEINFELLNER (véase su maravillosa obrita: *Introducción a la Teoría del Conocimiento y de la Ciencia*) el conocimiento debe ser definido como la representación simbólica de un sector, D, de la realidad.

Teniendo en cuenta el tipo de símbolo utilizado puede hablarse de *un conocimiento científico, un conocimiento estético, un conocimiento normativo* y, podemos añadir nosotros, *un conocimiento filosófico o metafísico del mundo.*

Cada uno de estos tipos de conocimiento utiliza su propio lenguaje simbólico y ello constituye un primer punto de apoyo para establecer una clasificación lógica de sus principales variantes.

Veamos algunos ejemplos:

*Las Ciencias cognoscitivas*, así llamadas para diferenciarlas de las Ciencias no cognoscitivas o formales (Lógica, Matemáticas puras, etc.), representan el mundo por medio de un lenguaje conceptual y lógico. “Existe conocimiento científico, afirma LEINFELLNER, siempre que los objetos, las cualidades y las relaciones a conocer de la esfera D estén representados en proposiciones que contienen conceptos teóricos”.

*El Conocimiento artístico*, a diferencia del científico, se fundamenta en vivencias emocionales de la realidad objetiva y tales vivencias se expresan en símbolos estéticos: formas, colores, melodías y ritmos poéticos.

Finalmente el *Conocimiento filosófico*, metafísico o humanista, expresa su experiencia del mundo bien sea en un lenguaje rigurosamente conceptual o bien en un lenguaje *cifrado* cuya significación discutiré más adelante.

En las líneas que siguen, y por razones fáciles de comprender, centraré mi atención sobre el conocimiento científico y el filosófico o humanista.

En efecto, el conocimiento normativo puede ser considerado como una parcela del filosófico y el conocimiento estético trasciende el ámbito estrictamente universitario. Ello no quiere decir que la experiencia artística del cosmos no tenga importancia para lograr una profunda formación humana. Precisamente lo contrario es verdadero; a través de las grandes creaciones musicales, pictóricas, poéticas, etc., la persona adquiere un nivel de humanidad nada despreciable. A este respecto comparto la opinión de LEINFELLNER :

“Al final de esta breve consideración, dice el filósofo austríaco, deseo expresar un “caveat”. Pocos factores pueden frenar tanto a la Ciencia como una falsa delimitación del conocimiento científico con respecto al conocimiento, a la experiencia, a la representación y a la experiencia estética del universo; lo mismo hay que decir de una falsa contraposición Ciencia-Arte. De hecho esta postura la adoptan con frecuencia todos aquellos románticos que de tiempo en tiempo levantan sus voces contra la pérdida de la primordialidad y de la visión intuitiva en las Ciencias y que exigen de la Ciencia aquello que ha de suministrarlos precisamente el Arte. Puesto que al Arte, en cuanto representación estética del mundo, no se le pueden poner límites (ya que carece de criterios exactos de verificación), algunos, desconociendo las circunstancias, creen que la Ciencia conceptual abstracta y teórica tiene que ejercer sobre las personas ese influjo inmediato que es precisamente una característica de las obras del Arte. Ahora bien, por lo menos hasta el momento actual, el desarrollo de la cultura está ligado a la contraposición polarizada de Arte y Ciencia. El hombre que se ha hecho racional y cauto en el trabajo técnico y científico encuentra distensión en la vivencia estética; y viceversa: el que vive el mundo a través de imágenes estéticas debe intentar aguzar su intelecto por medio de la Ciencia y del co-

nocimiento científico. Saber soportar esta tensión significa poseer Cultura”.

Ahora veremos que una tensión semejante existe entre Ciencia y Filosofía y que equilibrar esta tensión es, sin duda alguna, la misión más importante de la Universidad.

### III

#### **EL CONOCIMIENTO CIENTIFICO, POR SI SOLO, NO ES FORMATIVO. PARA CONSEGUIR LA FORMACION PLENA HAY QUE CONJUGAR LA CIENCIA CON LA FILOSOFIA**

En áreas de la brevedad y de la claridad expositiva deseo expresar mi pensamiento acerca de esta problemática en dos frases que han de constituir el guión de mi discurso.

Estas dos frases rezan así:

El *saber o conocimiento científico* es un saber fragmentario, parcial, que además se dirige a objetos contingentes y relativos. Precisamente por ello el mero saber científico no es formativo en el sentido profundo que es preciso dar a esta palabra. Naturalmente me refiero en especial al conocimiento científico recibido pasivamente en la enseñanza universitaria. En cambio, el conocimiento científico activo, es decir, la participación personal en la creación y en la elaboración de un sector de la Ciencia, exige tales dotes de desinterés, entusiasmo, objetividad y veracidad que solamente el ejercicio de estas virtudes constituye ya de por sí un comienzo prometedor de cultivo personal.

A diferencia del saber científico, el *saber filosófico o humanista*<sup>1</sup> es un conocimiento global de la realidad, un conocimiento que aspira a captar totalidades, un saber universal por sus aspiraciones fundamentales. Aparte de ello se dirige sobre todo hacia seres últimos que, en diverso sentido, están “más allá” de las realidades presentes a nuestra conciencia sensible. Está claro que el saber humanista, dado su carácter, sí que es capaz de formar al hombre. Y su valor formativo alcanza la ple-

---

<sup>1</sup> El adjetivo humanista no quiere decir que este tipo de saber sea necesariamente un conocimiento de cosas humanas; significa simplemente que la sabiduría filosófica es un conocimiento capaz de “humanizar” al hombre.

nitud cuando la Filosofía corona la Ciencia; cuando en lugar de vivir desligada del rico campo descubierto por la experiencia científica del mundo se apoya sobre este sector de realidades para dar el salto vertical hacia el ámbito de las ultimidades.

En resumen; *el científico humanista*, esto es, la persona, que sabe unificar y coordinar las actividades básicas de ambos tipos de conocimiento, es el prototipo y el modelo ideal que debe seguir el universitario; y esto vale tanto para el universitario que se encuentra en período de maduración como para aquel otro que ya ha tenido acceso a los puestos docentes de la Institución Universitaria.

Veamos ahora, con ayuda de unos cuantos ejemplos concretos, las diferencias fundamentales que existen entre el saber científico y el saber humanista. Ello nos será de gran utilidad cuando un poco más adelante intentemos explicarnos por qué razón uno de ellos cultiva la persona mientras que el otro, practicado con una actitud no filosófica, produce una formación técnica, desde luego nunca desdeñable, pero que no puede constituir el único objetivo de la enseñanza universitaria.

## IV

### DE COMO LA CIENCIA SE PREOCUPA POR CONOCER OBJETOS CONCRETOS MIENTRAS QUE LA FILOSOFIA SE INTERESA POR LA GENERALIDAD DEL CONOCIMIENTO

Las Ciencias particulares, dado su carácter fragmentario, intentan conocer una cierta parcela de la multiforme realidad que nos rodea.

Así, la *Biología* estudia y considera los seres vivientes. La *Astronomía*, desea penetrar en el fascinante mundo de las estrellas. La *Física* pretende, entre otras cosas, desentrañar las leyes que regulan los fenómenos del movimiento, de la electricidad, de la luz, etc., etc.

Pero si todas las Ciencias conocen algo concreto ninguna se plantea el tema más general de que sea esa actividad misteriosa desplegada por el hombre y a la que llamamos *conocer*. Esto queda reservado para una disciplina filosófica que se llama *Teoría del Conocimiento*. Ciertamente que la *Psicología* se ocupa de aquellas funciones psíquicas cuyo ejercicio son fundamento imprescindible para adquirir el saber pero en cambio deja de lado los temas centrales de la *Gnoseología*:

—¿Cuál es la esencia de la relación cognoscitiva con el mundo?

—¿Es posible el conocimiento?

—Y si es posible, ¿cómo explicarlo?

—¿Cómo saber que estamos en la verdad y no en el error?

—¿Cuáles son sus límites?; ¿podemos conocer todo?; ¿no habrá sectores de la realidad que por su propia naturaleza escapan a nuestra capacidad de conocer?

—Y en lo que respecta al camino que hemos de seguir para alcanzar el conocimiento, ¿cuál o cuáles son los *métodos* (no olvide-

mos que método significa camino) mas ajustados al sector de la realidad que deseamos conocer?

—Y sobre todo: ¿cuál es el sentido metafísico del conocimiento?; ¿qué significa este hecho sorprendente de que el mundo se refleje y duplique en una conciencia desveladora de la realidad?

He aquí unos pocos problemas de los muchos que se plantea la meditación filosófica sobre el conocimiento.

Esta somera enumeración de interrogantes ya nos indica uno de los múltiples aspectos que fundan la superioridad del saber humanista sobre el simple saber científico.

En efecto, el hombre es espíritu, es decir, conciencia de sí mismo; ser para sí mismo; ser que a diferencia de la materia, que tiene su centro de gravitación fuera de ella, está centrado sobre sí mismo. Por eso cuanto más medita el hombre sobre sus propias actividades tanto más espíritu deviene; tanto más se transforma realmente en aquello que ya es desde toda la eternidad; tanto más se hace libre. Así dice HEGEL, con gran razón, en sus *Lecciones de Filosofía de la Historia*.

Pues bien, a esta meditación del hombre sobre sí mismo, sobre nosotros mismos, pertenece de manera esencial la meditación sobre el conocimiento, sobre sus posibilidades, sus límites, su normatividad lógica.

Por ello puede afirmarse que aquella persona que se limita a conocer se mueve todavía en el plano de la conciencia directa, mientras que aquella otra que además de conocer conoce su propio conocimiento y el fondo espiritual de donde surge su actividad ha pasado al plano de la conciencia refleja; ha madurado como espíritu; ha dado un paso decisivo para constituir la médula de su humanidad.

Ustedes pensarán que no es posible conocer un sector concreto de la realidad sin tener simultáneamente una idea de la problemática que plantea el conocimiento. Sin embargo en la esfera del conocimiento científico recibido pasivamente la situación que se repite a diario en los claustros universitarios es la de una completa separación entre Ciencia y Teoría del Conocimiento. El alumno conoce muchas cosas que recibe por tradición oral durante las clases teóricas pero muy pocos se elevan

al plano de la meditación filosófica. Por lo demás, incluso muchos de los que practican activamente la investigación tampoco están en mejores condiciones que aquellos pues si es cierto que dominan la Lógica particular del conocimiento que cultivan no es menos cierto que estas lógicas constituyen sólo la parte más periférica de la sabiduría humanista.

## V

### DE COMO LA CIENCIA SE OCUPA DE SERES PARTICULARES MIENTRAS QUE LA FILOSOFIA SE OCUPA DEL SER EN SU GENERALIDAD

He intentado mostrarles con unos ejemplos concretos la particularidad de las Ciencias y la generalidad y universalidad de la Filosofía en lo que respecta al conocimiento.

Algo semejante ocurre en lo que respecta al Ser.

En efecto, todas las Ciencias se ocupan de objetos que son ; de objetos que existen ; pero todas ellas dejan de lado el problema esencial :

—¿En qué consiste esa cualidad auténticamente misteriosa y enigmática a la que nos referimos cuando pronunciamos la palabra SER?.

—¿Qué quiere decir que las cosas *son*?

—¿Qué significa *existir, ser, estar ahí presente*?

—¿Por qué, para emplear la conocida frase de LEIBNIZ, hay ser en vez de nada?

Todos estos interrogantes, y otros muchos, quedan fuera del ámbito de las Ciencias particulares y sólo son planteadas por aquella otra disciplina del saber humanista que es designada con el nombre de *Ontología general*.

Pues bien, si la capacidad de enfrentarse con el conocimiento mismo es algo que nos humaniza, no menos formativa es la emoción ontológica, esto es, la capacidad de sentirse asombrado y fascinado por el misterio del ser, asombro y emoción ante la pura existencia de las cosas que no es, por lo demás, una actitud limitada a la captación cognoscitiva del

universo. En efecto, también la actividad estética encierra un fuerte componente ontológico y no cabe duda de que el encanto de los cuadros de CHIRICO, pongamos por ejemplo, dimana en parte de que estos cuadros, que no en vano son calificados de pintura metafísica, son transparentes donde se manifiesta la cualidad existencial de las cosas apresadas por el pincel del gran pintor italiano.

Pero aparte de la Ontología general la reflexión filosófica sobre la realidad ha originado las diversas *Ontologías especiales*, es decir, aquellas disciplinas que intentan captar la estructura general de una región concreta del mundo.

Por ejemplo, la Medicina, el Derecho y la Historia, se ocupan de aspectos parciales del hombre. Pero la estructura general de la esencia hombre es tratada en la Antropología filosófica y sólo la reflexión filosófica puede suministrarlos a todos los que nos ocupamos del hombre una imagen global y totalitaria que pueda servir de orientación y lugar de inserción de los conocimientos fragmentarios.

Lo mismo que ocurre con el hombre ocurre también con otras regiones de la realidad. El físico y el químico necesitan de una imagen de conjunto de la Naturaleza en su aspecto inorgánico y esta imagen la pueden conseguir a través de la Ontología de la Naturaleza.

Pero la función de las nociones generales obtenidas en una visión filosófica del mundo no se limita a su papel de esquemas orientadores. Con su clarividencia acostumbrada, Max SCHELER, el gran pensador de la primera mitad de nuestro siglo, se ha percatado de la función transcendental de las esencias dadas en la intuición; según el ilustre filósofo, las formas esenciales son a modo de ventanas que nos permiten mirar a los horizontes metafísicos.

Y aquí tenemos otra excelencia del saber filosófico ya que el hombre se caracteriza por su impulso ascendente, esto es, por su anhelo de rebasar en sentido vertical el horizonte de lo dado y alcanzar la región de lo transcendente; no en vano dice Max SCHELER que el hombre debe ser considerado como la "plegaria de la vida" pues en el nivel humano la vida se trasciende a sí misma y a la Naturaleza para lanzarse como una flecha hacia la Ultimidad de las ultimidades; hacia el Entorno final que limita y redondea el universo de las criaturas finitas. Y no

en vano también, Soren KIERKEGAARD, padre del Existencialismo, ha dicho que la actitud erecta del hombre no es más que la expresión somática de su verticalidad espiritual.

Más adelante tendré nueva ocasión de volver a tocar este punto.

## VI

### DE COMO LA CIENCIA NOS AYUDA A CONSEGUIR LO QUE QUEREMOS MIENTRAS QUE LA FILOSOFIA NOS DICE LO QUE DEBEMOS QUERER

El hombre es un ser complejo que mantiene con el mundo relaciones muy diversas. Por ejemplo: además de conocer, el hombre quiere hacer algo, desea lograr un objetivo, alcanzar un estado de satisfacción para sus necesidades.

Pues bien, he aquí que las Ciencias pueden decir al hombre lo que éste ha de hacer si quiere conseguir un objetivo determinado. Y ello es así porque las Ciencias no son meras teorías sino que además contienen un conjunto de prescripciones prácticas para guiar al hombre en la manipulación del mundo.

Por ejemplo: si yo quiero curar a un enfermo, y esta es la voluntad social básica de todos los que pertenecemos al estamento de la Medicina, no tengo más remedio que seguir y obedecer unas reglas prácticas que me suministra la Patología. Si yo quiero hacer estallar una bomba atómica me verá obligado a profundizar en la Ciencia Física y obtener de ella unas normas de conducta que me permitan fabricar este artefacto y hacerlo explotar en el momento que considere adecuado para mis fines.

Pero si bien es cierto que la Ciencia puede dar al hombre normas técnicas para lograr un desideratum, en cambio no es menos cierto que la Ciencia no le dice al hombre lo que *debe querer*.

—¿Debo yo querer curar a un enfermo?

—¿Debo yo querer construir una bomba atómica?; ¿debo hacerla explotar?

He aquí interrogantes a los que sólo puede responder la *Ética*.

Las normas de la sabiduría práctica puedo yo derivarlas de las Ciencias Naturales pero las normas absolutas de la conducta, los imperativos categóricos, las exigencias de lo que debo hacer, los ideales de la conducta, me son dados por una reflexión filosófica dirigida hacia los valores.

Y que conste que si el espíritu, esencia recóndita del hombre, es conciencia de sí mismo, y como tal libertad ontológica, también es apetito de valores; enamoramiento de estructuras axiológicas; deseo de realizar lo mejor; intento de ajustar lo real dado a lo ideal ensoñado.

Por eso el hombre que actúa apoyado sólo en la pura técnica ha dado un salto hacia atrás en la evolución ascendente de la humanidad y en cambio la persona que configura su vida de acuerdo con esos modelos esenciales de conducta que llamamos imperativos categóricos se humaniza y deviene más espíritu.

En los últimos años se han producido acontecimientos que ejemplifican con claridad meridiana lo que puede ser una actividad científica desligada de cualquier reflexión ética. Estoy seguro de que si los científicos que han intervenido en la construcción de la bomba atómica hubieran estado penetrados del viejo precepto bíblico que dice: "no matarás", no habrían puesto sus conocimientos al servicio de la destrucción y del odio. Por no haber sido así, por haber practicado un saber deshumanizado, han puesto la Ciencia en manos de una máquina destructiva y ellos mismos han dejado de ser investigadores libres para transformarse en científicos que trabajan como siervos vigilados al servicio de las potencias malignas del hombre; al servicio del demonio; que no es precisamente un ser fuera de nosotros sino algo que germina en nuestra propia intimidad y que en todo momento, si no le vigilamos atentamente, puede apoderarse de toda nuestra personalidad y transmutarnos en posesos al servicio del mal. Los "Poseídos" no es, por desgracia, el título de una novela de DOSTOYEVSKY; por encima y más allá del mito creado por el genial epiléptico se descubre una temible realidad, la realidad de una "humanidad", vamos a llamarla así por llamarla de algún modo, cargada de impulsos destructivos y dispuesta, si Dios no lo remedia, a provocar un cataclismo planetario.

LAIN ENTRALGO, el insigne médico humanista de pensamiento profundo y claro, al referirse a las enseñanzas que deben darse en una Facultad de Medicina, ha sabido ver con su acostumbrada perspicacia la necesidad irrevocable de la formación moral y ética del universitario, es decir, la necesidad de que la concepción filosófica del mundo (no olvidemos que la Ética es un importante sector de la Filosofía) complemente la formación técnico-científica. Sus palabras son tan acertadas que no resisto a la tentación de citarlas por extenso:

#### “FORMACIÓN ÉTICA DEL MÉDICO.

“En cualquiera de las situaciones en que la ejercita —el hospital, el consultorio público, el consultorio privado, el campo de batalla, etc.—, la actividad del médico posee por esencia un carácter ético. No sólo desde un punto de vista técnico, también desde un punto de vista moral, todos sus actos en cuanto tal médico “están bien” o “están mal”.

“La regla de oro antes mencionada —el cuidadoso atenuamiento del médico al bien del enfermo— debe actualizarse en tres grandes principios morales: a) Principio de la máxima capacidad técnica. Para actuar correctamente, el médico debe poseer toda la competencia técnica que le permitan su talento y su situación. Dicho de otro modo: el médico debe hacer y saber toda la Medicina que con sus personales recursos él pueda saber y hacer. b) Principio de la obra bien hecha. El diagnóstico y el tratamiento se aproximarán tanto a ser verdaderas “obras de arte” como en cada caso lo permitan el talento y la formación técnica del médico que los hace. c) Principio de la autenticidad del bien. En su relación técnica con el enfermo, el médico debe, desde luego proponerse el bien de aquél; pero ese bien sólo llegará a ser auténtico cuando en él se combinen rectamente lo que sobre él piensan y creen el técnico y el paciente.

¿Cómo estos principios pueden hacerse hábitos mentales y morales en el estudiante de Medicina y en el Médico que ese estudiante llegue a ser? ¿Sólo por la virtud de unas cuantas lecciones de deontología médica oídas por el alumno al final de su carrera? Disto mucho de negar la importancia del saber intelectual para la formación de los hábitos morales. Desde el turbulento antiintelectualismo de la Baja Edad Media, escribí

Tomás de Kempis: ¿“De qué te sirve saber definir la compunción si no la sientes?”. Para algo sirve, pienso yo. Si realmente no siento la compunción, el saber definirla me servirá para saber que no siento algo que yo debería sentir, y si efectivamente la siento, para sentirla mejor, porque mejor es siempre el sentimiento lúcido que el sentimiento turbio. Si: alguna importancia tiene el saber intelectual en la formación de los hábitos morales. Pero de esto a pensar que para la educación moral del médico sea suficiente un cursillo de deontología médica concebido a la casuística manera usual hay un enorme trecho. A mi juicio, esa educación sólo podrá ser satisfactoria cuando en ella se aúnen las tres siguientes condiciones:

a) Cambio de mentalidad. Sigue vigente en nuestro mundo la mentalidad competitiva; los móviles que habitualmente impelen a la acción son el “ser más que el otro” y el “ganar más que él”. Es cierto que esta mentalidad competitiva arraiga de algún modo en la naturaleza del hombre. Con todo, nuestro tiempo exige que sobre ella prevalezca la mentalidad cooperativa y, por lo tanto, la regla del “hacer juntos para hacer mejor”. Si el estudiante de Medicina no ve esto en torno a sí, de bien poco le servirán las lecciones de deontología médica que oiga.

b) La reforma de las estructuras. Tópica y retóricamente repetidas desde hace algún tiempo entre nosotros, estas palabras expresan hoy una necesidad urgente. Para ser más justa, la sociedad actual debe reformar hondamente su actual estructura. ¿Cómo? No cabe aquí respuesta. Algo, sin embargo, es seguro: que mientras esa reforma justiciera no se cumpla, sólo a través de un penoso esfuerzo personal podrá llegar el médico a la perfección moral que su profesión tan ineludiblemente requiere.

c) El ejemplo. Sin el ejemplo del que enseña, nunca será posible la formación ética del que aprende. Salvo en casos muy excepcionales —aquellos en que ser médico o ser matemático son una especie de íntima necesidad de la persona— sólo el ejemplo de los que “ya han llegado” puede suscitar una verdadera vocación en el alma del que empieza. Con otras palabras: la idea socrática de la moral —la noción de que la virtud puede ser dialécticamente enseñada— sólo podrá ser aceptable cuando el que la formule sea el propio Sócrates o una nueva edición

de él. Dentro de estructuras nuevas, a través de mentalidades nuevas, el ejemplo y la vocación serán siempre, unidos entre sí, el verdadero motor de la conducta moral". (Idea actual de una Facultad de Medicina.)

Yo creo que para todos está claro que las ideas de LAIN ENTRALGO rebasan con mucho los límites de la formación del médico y que lo que el ilustre maestro dice a propósito del estudiante de Medicina es también aplicable a la educación superior de cualquier universitario, pues todos necesitan de imperativos categóricos que modulen y dirijan su actividad técnica fundada en la Ciencia.

## VII

### DE COMO LA CIENCIA SE ORIENTA HACIA LO RELATIVO Y HACIA LO MAS PROXIMO MIENTRAS QUE LA FILOSOFIA SUSPIRA POR LO MAS LEJANO, LO MAS ULTIMO

En algunos momentos precedentes de mi discurso ya tuve ocasión de mostrar con ejemplos concretos cómo el saber humanista no es sólo un saber de generalidades sino que también es un saber de ultimidades.

A diferencia de la Ciencia que se preocupa siempre por conocer lo relativo y lo contingente, el saber filosófico, en cuanto meditación metafísica, es, por lo menos en su intención, un conocimiento de cosas últimas. Y esto es cierto incluso cuando el filósofo decide que no hay pruebas racionales suficientes para afirmar la existencia de tales ultimidades pues en esta negación se pone de relieve la pasión fundamental de la Filosofía. El científico en cuanto tal es completamente frío frente al problema de si hay algo que pueda ser considerado como el Ser primario de la creación.

Inmanuel KANT, el agudo filósofo de KÖNISBERG, ha visto claramente las principales direcciones que sigue el hombre cuando se pone en búsqueda de horizontes metafísicos.

Una de estas direcciones se extiende en sentido paralelo a la superficie de los fenómenos. Cuando el hombre se enfrenta con el mundo puede querer conocer o datos concretos de lo que en él sucede (objeto propio de las Ciencias de la Naturaleza), o la estructura general de los eventos naturales (objeto propio de la Filosofía de la Naturaleza) o, y ya entramos en el terreno de la Metafísica de la Naturaleza, los confines de este mundo.

—¿Tiene el universo una limitación témporo-espacial?

—¿Hay en el universo un límite de constitución material? ; dicho de

otro modo, ¿en el análisis del universo llegaremos a topar con elementos últimos que ya no pueden ser analizados?

—Y sobre todo, ¿están limitadas las cadenas de acontecimientos causales por condiciones primeras que ya no derivan de otras precedentes?

He aquí algunas de las preguntas que se plantea el metafísico de la Naturaleza.

Los otros dos caminos que puede seguir el hombre en su reflexión metafísica corren perpendicularmente al plano en el que se presentan los hechos experimentables y observables.

Uno de ellos conduce al abismo de la profundidad personal.

¿Es el hombre pura apariencia o hay tras lo aparente de los fenómenos psíquicos y somáticos un núcleo metafísico, llámese como se quiera (alma, Existencia, mismidad, etc.), que no está sometido a la peripecia de la destrucción; al dolor de la corrupción?

El otro camino nos lleva directos al misterio metafísico por excelencia, a la más extrema Ultimidad; al Intelecto que se piensa a sí mismo; a la Belleza y a la Bondad sin limitaciones; al Ser que es por sí mismo y que en cuanto tal debe ser considerado como fuente primordial del ser derivado; a la Beatitud inefable; a la Luz que todo lo ilumina; a la Razón que todo junta; a la Transcendencia; al Amor primordial; en una palabra, a Dios, creador del Universo.

## VIII

### DE COMO LA POTENCIA COGNOSCITIVA DEL HOMBRE SE REPARTE ENTRE EL ENTENDIMIENTO Y LA RAZON

Creo que las reflexiones precedentes habrán servido para ilustrar una de las tesis de mi discurso, a saber: que el conocimiento científico es fragmentario y dirigido a lo relativo mientras que el conocimiento humanista o filosófico es totalitario y dirigido hacia objetos últimos.

Ahora ha llegado el momento de profundizar en el problema que nos ocupa y plantearnos el siguiente interrogante:

¿Por qué el conocimiento científico por sí solo, sobre todo cuando es un conocimiento pasivo, no forma, no cultiva a la persona que lo practica?

¿Por qué es preciso conjugar la Ciencia con la sabiduría humanística si queremos que nuestros universitarios salgan de la Universidad con una auténtica formación?

Veamos donde hay que buscar la respuesta a esta pregunta.

El hombre, ya he tenido ocasión de decirlo, es una criatura muy compleja. El hombre es un ser que siente (que se emociona), que quiere y que conoce; amén de otras muchas cosas que no viene al caso para nuestra intención presente.

Pues bien, he aquí que en cuanto ser cognoscente, y esta es la actividad humana que más nos debe inquietar como universitarios, el hombre está equipado de Entendimiento y Razón. Por ello puede afirmarse que la auténtica formación universitaria ha de consistir en desplegar al máximo ambas potencias cognoscitivas y que el cultivo del Entendimiento a costa de la atrofia de la Razón origina personalidades incompletas, mutiladas precisamente de una de las partes más nobles de la persona.

La distinción entre Entendimiento y Razón y la caracterización conceptual de estas dos actividades básicas de la persona ha sido obra de Inmanuel KANT. Posteriormente los conceptos de KANT han sido elaborados por Max SCHELER y así han entrado en la Filosofía contemporánea; por ello en los escritos de muchos pensadores actuales se encuentran resonancias de la concepción kantiana sobre la Razón; un ejemplo muy significativo es el de Erich FROMM, el creador del Psicoanálisis humanista.

Veamos, ante todo, que sea el Entendimiento.

El Entendimiento, en el sentido kantiano, es la facultad de formar conceptos de las cosas y conocer los fenómenos en lo que respecta a sus cualidades espacio-temporales y a sus vinculaciones dinámicas regidas por las leyes de causalidad y acción mutua. El Entendimiento rastrea la estructura matemática de las cosas dadas en la Intuición sensible y persigue la ordenación temporal de los acontecimientos inscritos en la Apercepción trascendental, concepto que constituye uno de los principales arcanos del pensamiento del gran filósofo alemán. El Entendimiento así concebido, es en cierto sentido equivalente a la Inteligencia de que habla Max SCHELER, Inteligencia que se satisface con un conocimiento meramente técnico y orientado hacia la manipulación del mundo.

Dadas sus características está claro que el Entendimiento es la facultad que pone el hombre en juego cuando realiza y construye la Ciencia o cuando recibe pasivamente la Ciencia elaborada por otros.

Vengamos ahora a la Razón.

El carácter propio de la Razón se descubre fácilmente cuando reflexionamos sobre la estructura lógica del conocimiento deductivo, pues así como la elaboración de conceptos y su vinculación en un juicio es la obra propia del Entendimiento, así la Razón está en juego cuando asociamos juicios y llegamos a juicios nuevos pasando de unos a otros utilizando el discurso, esto es, la capacidad deductiva. Desde el punto de vista meramente lógico la deducción consiste en derivar teoremas a partir de un grupo de axiomas, siendo los axiomas un conjunto de principios que ya no tienen el fundamento de su verdad fuera de ellos mismos; al contrario, los axiomas son el fundamento de la verdad impli-

cada en los teoremas derivados de ellos. Por lo tanto, desde un punto de vista meramente formal la Razón se nos revela como la facultad de los principios, como una actividad que busca o que construye (las opiniones a este respecto están fuertemente divididas en la Lógica moderna) *lo absolutamente incondicionado*.

Pero la Razón no tiene un uso meramente formal o lógico. La Razón también tiene una materia a que se aplica, un contenido. Por eso en la captación racional del mundo el hombre ya no se conforma con seguir, más o menos penosamente, un fragmento de una serie de condiciones sino que aspira a conocer la serie total de estas condiciones o las condiciones últimas que están al “comienzo” de esa serie, pues sólo este conocimiento puede colmar las aspiraciones de la Razón.

Con lo que acabo de decir espero que ustedes se percatarán inmediatamente de que lo que he llamado hasta ahora saber filosófico o humanista es precisamente el saber propio de la Razón.

En efecto, la Razón se dirige hacia lo último que fundamenta nuestros saberes parciales y por ello se enfrenta con el propio Saber y construye una Teoría del conocimiento.

La misma Razón busca lo absoluto de los objetos en cuanto que son y elabora la teoría del Ser con sus diferentes apartados.

No conforme con esto aspira hacia lo absolutamente incondicionado en el plano de la conducta y descubre que el hombre es un ser que lleva el fin en sí mismo, que es una entelequia, un ente que posee su propio “telos” en sí mismo, y de aquí derivan los imperativos categóricos que no son otra cosa que la expresión de un mismo principio positivo y prohibitivo a la vez, que reza: nunca consideres al hombre como un simple medio, considéralo siempre como un valor máximo, como un fin último de tu conducta.

Y todavía más, pues la Razón también se dirige al mundo como totalidad creando la Metafísica de la Naturaleza y hacia lo absolutamente incondicionado que hay en el hombre, dando origen a la Antropología metafísica.

Finalmente, no conforme con el mundo y no conforme con el hombre, la Razón da el salto definitivo a la máxima condición absolutamente incondicionada y elabora la Teología racional.

## IX

### **DONDE SE DA RAZON DE LA TESIS MANTENIDA AL PRINCIPIO DEL DISCURSO**

Después de estas reflexiones con las que he intentado caracterizar sumariamente que sea Entendimiento y que sea Razón ya podemos comprender la respuesta al interrogante planteado al comienzo de mi discurso.

El conocimiento científico a secas no forma porque en su ejercicio sólo madura el Entendimiento, esto es, sólo se despliega una de las capacidades de la potencia cognoscitiva del hombre.

Para lograr la verdadera formación el hombre tiene que impregnarse de "humanidad", tiene que colmar su Razón, tiene que añadir al conocimiento científico del mundo un conocimiento filosófico emanado de las aspiraciones más profundas de su espiritualidad, lo que quiere decir de su estructura racional.

No olvidemos que el hombre es un animal racional, así lo definían ya los griegos, y que racional significa más que inteligente, mucho más que ser capaz de entender el mundo y manipularlo.

Y no olvidemos tampoco que mientras que el Entendimiento y la Inteligencia nos separan gradualmente de la bestia en cambio la Razón nos diferencia esencial y radicalmente de ella.

## X

### LA "MISERIA" Y LA GLORIA DE LA RAZON. LA RAZON CREYENTE O LA FE RAZONADA

El ejercicio de la actividad racional tiene ciertas peculiaridades que conviene hacer resaltar porque ello nos llevará a una profundización muy importante del saber filosófico. Para comprender tales peculiaridades no tenemos más remedio que volver a dejarnos guiar por el autor de las dos Críticas de la Razón ya que, como en tantas otras cosas, Inmanuel KANT es el más profundo intérprete de la pasión racional del hombre.

Me refiero a lo siguiente:

Cuando la Razón se dirige hacia las ultimidades del Conocimiento y del Ser puede captar en una intuición fenomenológica y directa las características particulares de estos "objetos". Por ello, en la Ontología y en la Teoría del Conocimiento hay un cierto progreso y una cierta elaboración creciente de los conceptos filosóficos. Es evidente, por ejemplo, que la *Teoría del Conocimiento* y la *Ontología* de Nicolai HARTMANN son obras que representan la culminación actual del largo proceso de reflexión filosófica que comienza con los pensadores presocráticos y que tiene cúspides impresionantes en PLATÓN, ARISTÓTELES, SAN AGUSTÍN, SANTO TOMÁS, DESCARTES, LEIBNIZ, KANT y HEGEL.

Pero la situación cambia cuando la Razón se enfrenta con lo absolutamente incondicionado del mundo, del yo y de Dios, pues la Razón no tiene experiencia directa de tales ultimidades.

Por ejemplo, la Razón no tiene experiencia inmediata de Dios; eso queda reservado para los raros y valiosos momentos de raptó místico pues sólo el místico puede contemplar cara a cara la Divinidad. Y lo mismo sucede con la totalidad del Cosmos ya que cada uno de nosotros

vive un fragmento del cosmos pero nadie puede salirse de él y experimentarlo en su totalidad, en su unidad indivisa.

Por ello cuando la Razón quiere conocer estos horizontes últimos inexperimentales no tiene más remedio que crear hipótesis conductoras de sus esfuerzos y estas hipótesis son las Ideas y los Ideales de la Razón: la Idea de un universo totalitario, esto es, de un mundo, el Ideal del sabio, el Ideal de Dios, etc.

Estas Ideas e Ideales también pueden ser definidos como los *conceptos especulativos* del conocimiento filosófico y en cuanto tal son el producto de la fantasía racional; y que conste que la palabra fantasía carece en el contexto que la utilizo del sentido peyorativo que algunas veces tiene cuando se califica con ella un acto de conocimiento; sin imaginación y sin fantasía productiva el conocimiento, de tipo racional o intelectual, caería pronto en una actitud estéril incapaz de crear nuevas ideas y nuevos conceptos.

Ahora bien, ocurre que la Razón es impotente para demostrar plenamente por métodos estrictamente científicos la realidad de sus Ideas. Pero esta "miseria" de la Razón se transforma en su propia gloria cuando la Razón, a pesar de esta insuficiencia probatoria, afirma el contenido de sus pensamientos especulativos. Con ello la Razón se aproxima a la Fe pues también la Fe es afirmación arriesgada de aquello que no se puede demostrar. La Fe, pistis, es confianza y seguridad; confianza en una persona o confianza en las propias convicciones. La "Razón creyente", o la "Fe razonadora", así podemos llamar a la "Fe filosófica", es un acto de decisión existencial por medio del cual el hombre manifiesta lo que es y revela o descubre su Existencia, su más profunda Misericordia. En la esfera del saber científico es imposible que se produzca una epifanía existencial pues lo que es demostrable en el sentido riguroso de la palabra debe ser aceptado sin posibilidad de poner en juego mis más profundas tendencias personales.

En este punto mi discurso enlaza con algunos pensamientos de JASPERS que deseo comentar porque iluminan agudamente el papel de las Ideas especulativas creadas por la Razón en su búsqueda de las ultimidades.

En efecto, podemos preguntarnos:

—¿Por qué, a pesar de su indemostrabilidad, la Razón se esfuerza una y otra vez en sostener las Ideas e Ideales que constituyen la culminación de su actividad cognoscitiva?

—¿Qué anhelo secreto se oculta tras la experiencia especulativa del Universo, esa experiencia que desde PLATÓN a WHITEHEAD está en la base de los sistemas metafísicos?

Afirma JASPERS, y tal es también mi punto de vista, que las Ideas especulativas han de ser consideradas como una especie de lenguaje cifrado, como Cifras a través de las cuales la Transcendencia habla al hombre y a través de las cuales el hombre responde a esta llamada de lo Absoluto.

La Cifra especulativa es, por tanto, la más auténtica “vocación” del hombre; vocación porque en ella resuena la voz que llama procedente del Misterio y la voz que responde desde la Razón humana. En la Cifra se encuentran Dios y la Razón; lo que quiere decir, Dios y el Hombre.

En resumen, las Ideas y los Ideales creados por la razón son la plegaria del filósofo y como toda plegaria emanan de su corazón existencial. De ahí precisamente la importancia del conocimiento racional para completar la verdadera formación humana.

## XI

### EL SABER CIENTIFICO Y EL SABER HUMANISTA EN LA HISTORIA DE LA UNIVERSIDAD

Si contemplamos a vuelo de pájaro los programas de enseñanza de las instituciones de la cultura occidental dedicadas a la educación “universitaria” nos percatamos de que la proporción entre el saber humanista y el saber científico ha sufrido cambios substanciales y significativos a lo largo de la historia.

Si en sus comienzos las “Universidades” insistían fundamentalmente sobre la formación humana de los jóvenes, en cambio en la actualidad la enseñanza universitaria es principalmente técnico-científica y el saber humanista ocupa en ella una modesta parcela a la que sólo tienen acceso unos pocos especialistas.

Veamos un poco más en concreto cómo se ha producido este desplazamiento de la Filosofía por la Ciencia.

La Academia platónica, el Liceo aristotélico, la Stoa Poikile de los estoicos y el famoso Jardín de los epicúreos pueden ser considerados como las primeras “universidades” de occidente.

Está claro que utilizo aquí la palabra Universidad no en el sentido estricto que actualmente tiene este vocablo sino en un sentido figurado y amplio que abarca cualquier institución, pública o privada, que se dedique primordialmente a la formación de los jóvenes y a prepararlos debidamente para el ejercicio de las tareas humanas.

Basta consultar las obras que han salido de la actividad de estas primeras escuelas entregadas a la difícil tarea de la “paideia” para darse cuenta de que la preocupación fundamental ~~se~~ <sup>se</sup> sobre materias de Lógica, Matemática, Ética (individual o social) y Metafísica. La Ciencia propiamente dicha, fragmentaria y muy elemental, ocupa un modesto

lugar y se utiliza siempre como un mero peldaño para el acceso a la sabiduría filosófica.

Por lo demás en este ambiente cargado de fuerte tensión espiritual surge por primera vez la contraposición entre un conocimiento que aprehende objetos relativos y un conocimiento que se vuelca hacia lo Absoluto. Me refiero, como todos habrán adivinado, a la distinción platónica entre *doxa*, el saber que se conforma con las sombras fenoménicas de la auténtica realidad, y *episteme*, el acto cognoscitivo que estimulado por el *eros* se lanza a buscar y a desvelar el estrato metafísico de las Ideas, ese estrato de verdaderos seres que está coronado por la Idea suprema de lo absolutamente Bueno y Bello en sí mismo. El formidable mito de la Caverna, desarrollado en el libro XI de la República, y el no menos emocionante del Fedro, donde se relata el destino del alma desde su caída en un cuerpo hasta su ascenso y retorno a las regiones etéreas, son símbolos poéticos difícilmente igualables de lo que JASPERS llama la "operación filosófica fundamental".

Si con la imaginación, que no en vano es la potencia más libre y más loca del hombre, damos un salto de gigante y nos plantamos en los albores del siglo XIII, asistiremos entonces al nacimiento de las Universidades medievales, es decir, a las raíces de lo que es la Universidad en el sentido estricto del término. Las escuelas monásticas y catedralicias, que durante mucho tiempo han sido el refugio de una cultura formalista, y en muchos aspectos casi bárbara, alcanzan su mayoría de edad y se transforman en gremios de estudiantes y profesores, es decir, en "universitas" y de ahí el nombre con que actualmente se designa a nuestra Institución.

Las Universidades medievales heredan de las instituciones greco-romanas de enseñanza su preocupación fundamental por el cultivo personal y así se explica su predilección por las materias agrupadas en el "trivium" (Gramática-Retórica-Lógica) y el "quadrivium" (Aritmética-Geometría-Astronomía-Música), es decir, por el arte del bien hablar y el bien pensar, por la Metafísica y por la Teología. Pero junto a tal preocupación humanística, no siempre bien tratada, aparece ya una incipiente Ciencia que se manifiesta en los estudios de Jurisprudencia y Medicina.

Si ahora volvemos a utilizar la imaginación para dar un nuevo salto

y consideramos lo que ocurre en el panorama espiritual de Europa a comienzos del siglo xvi nos enfrentaremos con un fenómeno decisivo para la historia de la humanidad, a saber: la aparición del espíritu científico-técnico tal y como entendemos este término en su sentido más riguroso.

Europa, que ha aportado a la humanidad valores espirituales insustituibles, ha sido la matriz donde ha germinado y ha alcanzado su plena madurez la Ciencia contemporánea. Esa Ciencia que además de representar el mundo desvelado por ella con un lenguaje simbólico lógico-matemático se caracteriza por su conciencia del método experimental y por su preocupación de objetividad, es decir, por su intención de elaborar conocimientos que tengan validez universal y que puedan ser verificados (o falsificados) por la experiencia.

La eclosión de la Ciencia va a producir un cambio substancial en los programas universitarios pues a partir del nacimiento del espíritu científico-técnico el saber humanista es desplazado paulatinamente de los programas de enseñanza y así se llega a la situación actual:

La Universidad dividida en sectores casi totalmente independientes, incluso dentro de una misma Facultad, y el saber humanista, la obra de la Razón, recluso en uno de estos sectores e impartido a un grupo muy minoritario que, por su parte, no tiene acceso a la Ciencia.

Esta situación es trágica ya que las personas que componen el estamento universitario (alumnos o profesores) se dividen en dos grupos de características opuestas: un grupo, formado por el conjunto de personas que cultivan las Ciencias particulares, desarrolla al máximo el Entendimiento a costa de la atrofia casi total de la Razón; otro grupo, constituido por aquellos que se especializan en la sección de Filosofía de las Facultades literarias, desarrollan una Razón demasiado etérea porque no tiene raíces en la realidad descubierta por el trabajo científico y en cambio su Entendimiento queda reducido a proporciones casi infantiles.

## XII

### POSIBLES SOLUCIONES. LA FACULTAD DE CULTURA Y EL ESTUDIO GENERAL

Si en el curso de la historia la formación humanista ha sido paulatinamente sustituida por una formación casi exclusivamente científico-técnica y si estamos de acuerdo que el solo saber científico no basta para cultivar la persona entonces no habrá más remedio que intentar crear una situación en la que sea posible conjugar Ciencia y Filosofía.

¿Cuál puede ser la solución?

ORTEGA Y GASSET, en su maravilloso Ensayo sobre la *Misión de la Universidad*, aboga por la creación de una Facultad de Cultura que pudiera ser la sede del saber humanista y un centro de irradiación para impregnar la Universidad de auténtica cultura.

La idea, como todo lo que procede del máximo filósofo de la claridad, es excelente y digna de ser considerada.

Sin embargo en la época en que vivimos un obstáculo insuperable se opone a la realización de esa idea. Desde los días de ORTEGA hasta nosotros el fenómeno de la masificación se ha acentuado y se ha agravado en tal forma que ha superado las previsiones contenidas en *La Rebelión de las Masas*. Ello hace que la Universidad esté superpoblada al máximo por un cantidad enorme de estudiantes ansiosos de alcanzar un nivel social superior. Por eso precisamente es imposible la creación de una Facultad de Cultura pues no existen aulas capaces de dar cabida a toda la población estudiantil.

—¿Dónde colocar a tantos jóvenes procedentes de las diversas facultades que constituyen la Universidad?

—¿Dónde encontrar el profesorado adecuado en número y en cali-

dad para poder desarrollar con eficacia las lecciones que pudieran formar el núcleo de los programas culturales?

—Si cada Facultad concreta está desbordada en sus posibilidades de enseñanza, ¿no se agravaría este problema al proyectarse a todos los alumnos de un distrito universitario?

Parece, pues, muy difícil encontrar la solución deseada a través de la idea de ORTEGA, idea, vuelvo a repetir, de ningún modo desdeñable en el plano teórico pero irrealizable en la práctica.

Otra posible solución, que choca con los mismos inconvenientes que la primera, es la organización de lo que en Alemania se llama “estudio general” esto es, la organización de un grupo de conferencias de carácter eminentemente interfacultativo y que son desarrolladas por los mejores especialistas de la materia. Ya se comprende que si la asistencia a estos cursos es voluntaria su acción formativa se extenderá a una minoría reducida. Pero si la asistencia es obligatoria volveremos al “eterno” problema de nuestros días: no hay espacio físico suficiente y no hay un cuerpo profesoral tan numeroso como para poder dirigir la formación humanista de tantos y tantos muchachos que se matriculan en la Universidad.

Teniendo en cuenta estas reflexiones, y otras muchas que pudieran hacerse a este respecto, es por lo que creo que la única solución viable es que cada profesor viva el conocimiento científico como una actividad plena de sentido metafísico, como una actividad cuasi ritual desconectada de todo interés meramente personal, y que además rompa los límites de la especialidad científica que cultiva y que penetre en el campo del conocimiento filosófico. Luego, a través de sus lecciones, el profesor podrá transmitir a sus alumnos este espíritu humanista de una Ciencia impregnada de sabiduría filosófica.

Veamos lo que implican ambas exigencias.

### XIII

#### POSIBLES SOLUCIONES. COMO VIVIR LA ACTIVIDAD CIENTIFICA CONCRETA CON UN ESTILO FILOSOFICO

La existencia de focos activos de conocimiento que desvelan el mundo y que lo van impregnando de "racionalidad" no es un hecho fortuito desprovisto de significado ontológico. Al contrario, la actividad cognoscitiva es algo que plenifica al mundo, algo que da al universo un valor especial.

TEILHARD DE CHARDIN, en *El Fenómeno Humano*, se expresa en estos términos sobre el significado metafísico y ontológico del conocimiento:

"El porvenir de la Ciencia"... En primera aproximación este porvenir se perfila en nuestro horizonte como el establecimiento de *una perspectiva total y totalmente coherente* del Universo. Durante cierto tiempo se creyó que el único papel del conocimiento era iluminar, para nuestro goce especulativo, objetos ya acabados y simplemente dados en nuestro perimundo. Hoy, gracias a una filosofía que da un sentido y una consagración a nuestra sed de pensar todo, entrevemos que la *inconsciencia es una especie de inferioridad o mal ontológico y que el mundo se consuma en la medida en que se expresa en una percepción sistemática y reflexiva*. Hasta en las Matemáticas, el acto de "encontrar" ¿no hace surgir un ser nuevo? Desde este punto de vista Descubrimiento y Síntesis intelectuales no son simplemente especulación, sino además de ello *creación*. Así pues, una *cierta consumación física de las cosas* está vinculada a nuestra percepción de ellas.

¿Cómo debemos entender esta interpretación "teilhariana" del Conocimiento? Creo que el mejor método para poder comprenderla en

toda su profundidad es dar un rodeo por los conceptos fundamentales de la Metafísica de Martin HEIDEGGER.

Es sabido que el gran filósofo contemporáneo publicó hace ya bastante tiempo una importante obra de Antropología filosófica (*Sein und Zeit*) y que más tarde, en un segundo período poco conocido hasta ahora, ha publicado una serie de cortas aunque profundas meditaciones donde expone sus conceptos propiamente metafísicos, es decir, sus reflexiones acerca del SER.

Antes de continuar debo advertirles que el Ser, a los ojos de HEIDEGGER es equivalente de lo Absoluto y equivalente también de lo que una persona religiosa llamaría Dios; ciertamente no se trata del Dios personal y concreto de la experiencia religiosa sino más bien de un Dios abstracto pensado por un filósofo que rehuye en todo lo posible expresar sus ideas en términos antropomórficos.

Karl JASPERS, emplea el término de Transcendencia para designar este mismo Principio absoluto de las cosas. La designación de JASPERS me parece mucho más adecuada que la de HEIDEGGER y por eso, en lo que sigue, haciendo uso de una cierta libertad expositiva, utilizaré la palabra Transcendencia al referirme a lo que Martin HEIDEGGER llama el Ser; pero no se olviden ustedes que cometo con ello un error involuntario y que lo hago así porque creo que de este modo les facilitaré la comprensión de la difícil Metafísica del filósofo de Freiburg:

- ¿Qué es, para HEIDEGGER, esta Transcendencia (el Ser) fundante de la realidad y qué relaciones guarda con la criatura finita y contingente?
- O expresado este interrogante en términos religiosos, ¿en qué consiste la actividad creadora de la Transcendencia?

Dos palabras, *Nus* y *Logos*, resumen y concentran en su esfera semántica la interpretación heideggeriana de lo Absoluto. En efecto, la Transcendencia es, ante todo y sobre todo, *potencia de acogimiento o descubrimiento* de las cosas y como tal “Vernunft”, Razón; pero en segundo lugar, la Transcendencia es también *fuerza vinculante de los seres*, esto es, *Logos*, ya que “logos” es el sustantivo derivado del verbo “lego”,

verbo que además de “decir” significa también “ligar” o “vincular”; “reunir”; “unificar”.

Por lo tanto podemos afirmar que la Transcendencia (el Ser) *crea al hacerse presente las cosas ante sí misma y al recogerlas en una síntesis vivificante; crear es presentificar las cosas y hacerlas entrar en un haz de relaciones.*

Pero no termina aquí la Metafísica de HEIDEGGER pues alcanzado este punto se establece una vinculación estrecha con su Antropología. En efecto, la Transcendencia imparte el ser a las cosas “utilizando” para ello al hombre y por eso, nos dirá HEIDEGGER, el hombre es el “pastor del ser”. Si intentamos hacer una interpretación libre de la función “pastoral” del hombre podríamos llegar a la siguiente conclusión:

Antes de que el hombre exista ya están las cosas *presentes* a la Transcendencia y *vinculadas* entre sí por las leyes naturales que rigen el devenir cósmico; en cambio, cuando el hombre adviene a la existencia y se despierta en el mundo la claridad de la conciencia las cosas “*penetran*” en el ámbito humano y adquieren allí *un nuevo tipo de vinculación* más entrañable que la unidad prehumana.

Así, cuando los objetos del mundo exterior acceden al alma del poeta se produce en ellos esa revolución tan formidable que luego se expresa en las metáforas o en la atmósfera mágica y delicada del verso y las cosas así aprehendidas parecen ahora gozar de la auténtica plenitud del ser.

Nada menos que un gran poeta español, Pedro SALINAS, ha sabido dar una honda expresión a esta vivencia de transformación y consumación óptica en su maravilloso poema dedicado al Poema y que dice:

## EL POEMA

Y ahora, aquí está frente a mí,  
Tantas luchas que ha costado,  
tantos afanes en vela,  
tantos bordes de fracaso  
junto a este *esplendor sereno*

ya no son nada, se olvidaron.  
El queda, y en él, el mundo,  
la rosa, la piedra, el pájaro  
aquellos, los del principio,  
de este final asombrados.  
¡Tan claros que se veían,  
y aún se podía *aclararlos!*  
Están mejor; *una luz*  
que el sol no sabe, *unos rayos*  
los iluminan, sin noche,  
*para siempre revelados.*  
Las claridades de ahora  
lucen más que las de mayo.  
Si allí estaban, ahora aquí;  
a más *transparencia* alzados.  
¡Qué naturales parecen,  
qué sencillo el gran milagro!  
En *esta luz* del poema,  
todo,  
desde el más nocturno beso  
al cenital esplendor,  
todo está mucho *más claro.*

Algo semejante a lo que hace la Poesía con los objetos que ilumina es también lo que hace el acto de conocimiento que va poco a poco desvelando al mundo e introduciéndole en las formas lógicas de la conciencia cognoscitiva.

Ciertamente que su luz, su esplendor y sus rayos están muy lejos de la cálida emoción estética pues el conocimiento es frío y sereno por naturaleza. Pero es evidente que la consumación física producida por el conocimiento, esa consumación de la que habla el Padre, se mueve en la misma línea que la consumación poética; ambas actividades son distintas formas de la acción creadora (*descubridora* y *vinculadora*) que emanada de la Transcendencia pasa a las cosas a través del hombre. Por eso TEILHARD DE CHARDIN tiene razón al expresarse de este modo:

“Se podría decir que en virtud de la reflexión humana (individual y colectiva), la Evolución, desbordando la organización físico-química de los cuerpos se dobla de un nuevo poder de organización ampliamente concéntrica al primero; la ordenación cognoscitiva del Universo. En efecto, la Física comienza a percatarse de que Pensar el Mundo no es solamente registrarlo sino que es sobre todo, *conferirle una forma de unidad de la que quedaría privado si no fuese pensado*”.

\* \* \*

Pues bien, como ya tuve ocasión de decir al final del párrafo anterior, vivir la investigación científica con un espíritu filosófico consiste precisamente en percatarse de esta función metafísica del conocimiento y en practicar la actividad científica dándose plena cuenta de la responsabilidad *religiosa* que implica. Digo *religiosa* porque es un acto de *religación o vinculación* del mundo y porque al ser, como dice HEIDEGGER, una actividad pastoral del hombre por medio de la cual la Transcendencia impone al Universo “una forma de unidad de la que quedaría privado si no fuese pensando” transforma al que lo realiza en un auxiliar de Dios en la creación. De manera parecida se expresa Max SCHÉLER en *El puesto del hombre en el cosmos*.

Yo creo que es en este transfondo religioso de la investigación donde hay que buscar la fuente de la profunda satisfacción que produce el descubrimiento de la verdad y la base de la exigencia ética de objetividad y desprendimiento que va implícita en la actividad científica.

## XIV

### POSIBLES SOLUCIONES. LA CIENCIA ES UN PUENTE QUE CONDUCE A LA FILOSOFÍA

El acceso a la Filosofía a través de un saber concreto es perfectamente posible porque la Ciencia misma exige de por sí lo que JASPERS llama la “operación filosófica fundamental”, es decir, la reflexión sobre nuestro propio saber y la reversión de nuestras intenciones cognoscitivas hacia el sector de la realidad poblado de Ultimidades.

No hay ninguna Ciencia, por muy limitada y concreta que sea, que no apunte hacia la Filosofía. Los confines de cualquier Ciencia son, simultáneamente, las puertas de entrada a la especulación filosófica.

Así, es imposible una comprensión profunda de los fundamentos de la Matemática moderna sin reflexionar seriamente sobre problemas de Ontología general. Decir, en contra de PLATÓN, que los objetos matemáticos carecen de existencia, que son construcciones de la mente humana, es tomar una grave decisión en favor del “conceptualismo” y en contra del idealismo metafísico; es, en resumen, despoblar la esfera del ente ideal de aquellas criaturas sutiles, bellas y enigmáticas que llamamos el círculo, la elipse, la esfera, etc. Pues bien, para entender esto, para poder comprender la pasión que ponen formalistas, intuicionistas, logicistas y constructivistas en las discusiones en torno a los fundamentos de su Ciencia, no hay más remedio que dar un salto atrás en la historia de la cultura europea y a través de PLATÓN y ARISTÓTELES penetrar en la especulación filosófica sobre el ser.

—¿Son las ideas lo único verdaderamente real y los individuos concretos meras copias imperfectas de ellas?

—¿No será cierto lo contrario?

- ¿No ocurrirá que lo auténticamente existente es el individuo concreto con todas sus determinaciones?
- ¿Qué es un ser ideal?
- ¿Qué es un ser real?

Estoy seguro que cualquier profesor de Matemáticas debidamente formado podrá hacer que sus discípulos se percaten de que las Matemáticas, aparte de su transcendencia para la vida práctica, son todavía uno de los caminos reales que conducen a la Filosofía. No olvidemos que las discusiones de un HEYTING, un HILBERT, un Bertrand RUSSELL, y otros tantos que podríamos citar, son, en el fondo, auténticas discusiones filosóficas.

Lo mismo vale para la Física actual. Queramos o no la Teoría relativista y la Mecánica cuántica nos obligan a precisar los conceptos filosóficos acerca del tiempo, del espacio y de la causalidad. Testimonio de lo que digo es la monumental obra filosófica de N. HARTMANN. Una gran parte del pensamiento del autor de la *Filosofía de la Naturaleza* está condicionada por el intento de renovar la doctrina de las categorías a la luz de las novedades aportadas por la Física, la Química y la Biología. Por lo demás, N. HARTMANN demuestra que la reflexión filosófica es imprescindible para poder apreciar en su justo valor las tesis metafísicas implícitas en la Teoría de la relatividad o en la mecánica cuántica. La Física relativista aporta unos interesantes datos acerca de cómo se comportan las cualidades espacio-temporales de los fenómenos físicos pero la esencia del tiempo y del espacio es algo que sólo puede captarse a través de una intuición fenomenológica.

En lo que respecta a las Ciencias Médicas su entronque con el saber humanista queda expresado de manera inigualable en este párrafo que tomo de LAIN ENTRALGO.

“Expuse anteriormente cómo dentro del marco de la Escuela Médica Profesional podría darse una mínima pero acaso suficiente formación humanística. ¿Cómo debería ser ésta para los que aspiren a ser especialistas, investigadores y docentes? A estos les exigiría yo lo que desde hace años vengo llamando “humanismo transtécnico” o “en profundidad”; es decir, una formación humanística lograda a través de

la técnica misma, trascendiéndola hacia ese fundamento suyo en que el puro “saber técnico” se convierte en verdadero “saber teórico”. ¿Cómo? He aquí mi respuesta: introduciendo en la Facultad de Medicina, como hábito mental de sus docentes y alumnos, estas cinco preocupaciones cardinales: a) Qué es lo que con esa técnica se hace. El primer plano de la respuesta será, por supuesto, técnico-científico; un segundo plano de ella habrá de ser resueltamente filosófico. Quien como médico desee ser especialista serio, investigador o docente deberá plantearse esta interrogación. ¿Cómo tiene que estar constituida la realidad del hombre para que en ella sean posibles la salud, la enfermedad, la curación y la muerte? Pásase así del saber técnico al saber filosófico. b) Para qué se hace lo que técnicamente se hace. Por tanto: sentido humano de la técnica y la vida. Paso del saber técnico al *saber antropológico*. c) Cómo se ha hecho y se ha entendido antes de nuestro tiempo lo que técnicamente se sabe y se hace. Historia del saber y del quehacer del médico. Del saber técnico se pasa ahora al *saber histórico*. d) Cómo ha sido representado artísticamente aquello que se hace. Expresión literaria y plástica de la técnica en cuestión. Del saber técnico se llega así al *saber artístico*. e) Cómo ha sido dicho y se dice aquello que uno hace. El fascinante mundo de la expresión verbal, de la palabra. Por qué se llaman como se llaman el hígado, el atlas, la pupila, el veronal, la operación cesárea? El saber técnico conduce por esta vía al *saber filológico* y al *mundo de la poesía*.

A través de la técnica misma lógrase así una formación humanística “en profundidad”. Dos cátedras debieran atender a tal menester: una de Historia de la Medicina y otra de Filosofía de la Medicina (esta última de función equiparable a la que la Filosofía del Derecho cumple en la Facultad de Derecho). ¿No es cierto que el especialista médico, el investigador y el docente de Medicina así formados serán hombres universitariamente cultos, además de ser personas universitariamente competentes en su respectiva materia”? (Idea actual de una Facultad de Medicina.)

## XV

### MORFOLOGIA Y FILOSOFIA

No quiero fatigar su atención enumerando más ejemplos de esta exigencia filosófica que se oculta tras el conocimiento científico pero sí quiero expresarles a ustedes, porque forma parte de mi propia experiencia universitaria, cómo la Anatomía humana, a pesar y en contra de las apariencias, es también un camino que conduce a la Filosofía. Creo que si les cuento algo de mi experiencia personal podrán ver mucho más claramente cómo el ejercicio de una disciplina científica concreta se entronca con el saber humanista.

Veamos, paso a paso, cómo sucede este entronque entre Ciencia y Filosofía en la disciplina que cultivo.

\* \* \*

Ante todo les ruego que tengan en cuenta que la Anatomía humana no es más que una pequeña parcela de la Anatomía general y que ésta juntamente con la Bioquímica y la Fisiología es un importante capítulo de la Biología.

Luego también debo rogarles que sustituyan el término de Anatomía, un término puramente instrumental, por el más apropiado de Morfología, nombre con el que GOETHE bautizó a la Ciencia que estudia la forma y la estructura de los seres vivientes.

Después de estos preliminares puramente estimológicos ya podemos avanzar en la consideración más pormenorizada de las relaciones entre Morfología y Filosofía.

\* \* \*

El morfológico, cuando arroja una mirada directa al impresionante mundo de los seres vivos se percata de algo que le resulta difícil olvidar, a saber :

Que el cosmos de los organismos es un cosmos en el que se revela una apasionante belleza, que los seres vivos, plantas o animales, son formas bellas.

El color de las flores, la silueta elegante de un escualo, la piel ocre de un león, la figura noble de un caballo, etc., se nos imponen como algo que participa de la belleza natural ; lo mismo sucede en el nivel microscópico ; aquel que se ha asomado al universo de lo pequeño no puede reprimir el asombro ante el delicado dibujo y la no menos delicada arquitectura de las estructuras celulares o tisulares.

¿Qué significa esta belleza ligada a la forma?

Inmanuel KANT, en su *Crítica del Juicio*, ha elaborado una profunda hermenéutica de la belleza. La belleza, que provoca en nosotros un sentimiento de agrado desligado de todo interés, es preanuncio de una cierta concordancia entre las facultades cognoscitivas, preanuncio de que las formas dadas en la Percepción están adaptadas a las necesidades del Intelecto, del Juicio y de la Razón.

Pues bien, he aquí que este presentimiento estético de la adecuabilidad del mundo perceptivo respecto a la capacidad de conocer se transforma en realidad cuando el morfológico hace Anatomía comparada pues resulta que a pesar de la variedad de las formas vivientes el científico descubre que esta diversidad admirable está ordenada en esquemas generales, que está sistematizada en órdenes, grupos, subgrupos, géneros, especies, etc.

En resumen, la experiencia estética y la experiencia científica de la Naturaleza nos colocan frente a la siguiente situación :

El Juicio, la capacidad de conocer que intenta subsumir lo particular en lo general, sólo puede satisfacerse con lo universal ; por su parte, el mundo no es un caos absoluto de acontecimientos dispares sino un auténtico cosmos ordenado en esquemas jerarquizados. Por lo tanto, y aquí comienza el misterio, la estructura del mundo está adaptada a las necesidades cognoscitivas de la conciencia ; o dicho de otro modo, lo que el Juicio busca lo encuentra plasmado efectivamente en la realidad.

¿Cómo explicar esta adaptación mutua?

En el momento en que no nos conformamos con la mera percatación de lo dado sino que pretendemos explicarlo abandonamos el campo de la Ciencia y entramos en el terreno de la especulación filosófica. La respuesta "cifrada" de Inmanuel KANT reza como sigue:

Así como el Entendimiento humano, a través de las categorías, es un ordenador del mundo percibido, así debemos considerar el orden total del cosmos como un orden establecido por un Entendimiento divino arquitectónico que estructura sistemáticamente la realidad y que la pone en concordancia con las facultades cognoscitivas del hombre. Ello quiere decir que en la experiencia estética de la belleza y en la experiencia científica de las leyes generales el mundo se nos aparece como algo impregnado de finalidad ya que un objeto es un fin cuando su causa hay que buscarla en un concepto o idea radicada en un Entendimiento.

Luego volveré sobre este tema de la finalidad; por ahora sólo quiero que ustedes se percaten de como la Morfología comparada nos obliga a los anatómicos a rebasar el límite de la Ciencia que cultivamos y nos incita a penetrar en el ámbito de la Filosofía.

\* \* \*

Pero aún hay más, pues la Morfología no es una Ciencia estática que sólo se interesa por lo que ya está constituido. Las formas vivientes tienen su historia y narrar esa historia así como desentrañar sus causas constituye el objetivo fundamental de la Morfología evolutiva y causal. Ahora bien, al ser causal, es decir, al preocuparse por desentrañar las condiciones que modelan el proceso evolutivo, la Morfología tiene que plantearse el problema filosófico acerca del tipo de causalidad que reina en la esfera de los seres vivientes y con ello entrar de nuevo en el campo propio de la Filosofía de la Naturaleza.

No quiero cansarle a ustedes con una exposición pormenorizada de la prolongada polémica que sostienen en este terreno mecanicistas y vitalistas. Lo único que pretendo es que ustedes se den cuenta de cómo a través de sus problemas causales la Morfología no tiene más remedio que reflexionar sobre los fundamentos últimos de la estructura del cos-

mos y que tal reflexión ya no es Ciencia pura sino auténtica preocupación filosófica.

La temática de la polémica “vitalismo-mecanicismo” se puede resumir en el siguiente interrogante:

- ¿Basta la causalidad de tipo mecánico para poder explicar el devenir histórico de las estructuras?
- ¿No será preciso recurrir a una causalidad final si queremos llegar a comprender totalmente los fenómenos vitales?

La causalidad finalista es aquella concatenación de acontecimientos que están orientados hacia un estado futuro aún no realizado. A diferencia de ello, la causalidad mecanicista es un acontecer determinado totalmente por el pasado y desprovisto de tensión hacia el porvenir.

Así, el conjunto de acontecimientos físicos y mecánicos que intervienen en la construcción de un edificio es una serie causal de tipo finalista ya que la concepción del arquitecto, mera idea posible, es un esquema que orienta las fases de la construcción hacia un estado futuro que se considera digno de alcanzar, es decir, hacia un estado en el que la idea arquitectónica cobra el carácter propio de lo real, de algo actualizado y no meramente potencial. A diferencia de ello, la destrucción de esta misma casa por un terremoto es un acontecimiento causal privado de sentido, amputado de la dimensión futura y que tiene su única explicación en causas remotas que hunden sus raíces en el pasado.

Pues bien, sucede que la vida en general es un acaecer que siempre está preñado de “imágenes” a realizar; que siempre apunta hacia el futuro; que está en todo momento sometida a la tracción de lo porvenir. Y sucede también que este predominio de la dimensión futura en el tiempo vital se manifiesta de manera evidente en el proceso embriológico, en esa serie de cambios tan complejos que comienza con la fecundación y termina en el momento del parto.

En efecto, un rasgo característico y llamativo de la embriogénesis es la aparición de órganos que cobrarán sentido en épocas muy posteriores a su fecha de cristalización.

Por ejemplo, el embrión de mamífero forma un tubo digestivo,

unos pulmones, unos ojos y unos oídos que adquirirán pleno valor fisiológico después del alumbramiento pero que en el momento en que se forman son sólo “vectores” que apuntan hacia el porvenir, hacia un estado posterior en el que el nuevo individuo hará uso de aquello que en el momento de surgir está desprovisto de significación biológica. ¿De qué le sirven al embrión sus grandes ojos sino es como preparativo ineludible de un estado futuro en el que el ser viviente se conectará con el mundo a través del acto de la visión? ¿Para qué formar un tubo digestivo, aparentemente inútil, si no es porque el proceso embrionario se adelanta a lo presente y prevé un instante, más o menos remoto, en el que el embrión romperá los lazos con la madre y tendrá que asumir por sí mismo la incorporación y la asimilación de sustancias nutritivas?

Quedamos, pues, en que la formación del embrión es un acaecer que hay que explicar utilizando la categoría de causalidad final, lo que no excluye, ni muchos menos, la intervención de fenómenos físico-químicos. Por ello la tarea del embriólogo experimental tiene que consistir en buscar sin descanso las concatenaciones causales de esos fenómenos químicos y físicos que constituyen la base material de la organización paulatina de un nuevo ser. Pero el mismo morfológico experimental, cuando reflexiona sobre el fenómeno ontogenético desde un plano filosófico, no tendrá más remedio que complementar su imagen experimental con las categorías que le suministra la Ontología general de la Naturaleza.

Tanto en la Ciencia como en la Filosofía los problemas se concatenan de tal forma que basta encararse con uno de ellos para verse obligado a tener que reflexionar sobre otro u otros íntimamente vinculados a aquél y esto mismo sucede en el caso que ahora nos ocupa pues la afirmación de que el proceso embriogenético es un acontecimiento de tipo finalista nos lleva como de la mano a considerar los fundamentos ontológicos de esta finalidad natural.

Nicolai HARTMANN, en su *Filosofía de la Naturaleza*, ha analizado la categoría de finalidad y ha mostrado cómo todo acontecer orientado hacia el futuro se funda en la conciencia de los fines y en la selección igualmente consciente de los medios más adecuados para conseguir los fines propuestos. De esta estructura ontológica del nexo final surge pre-

cisamente un gran problema cuando se intenta comprender la vida por medio de modelos teleológicos pues, ¿dónde insertar la conciencia en el proceso vital que parece estar desprovisto de cualquier tipo de intimidad?

La dificultad de solucionar este problema movió a Nicolai HARTMANN a admitir un tipo especial de causalidad biológica que sería irreductible tanto al verdadero vínculo finalista como a la causalidad estrictamente mecanicista. No obstante, algunos pensadores, por ejemplo LEIBNIZ y TEILHARD DE CHARDIN, no han retrocedido ante la idea de prestar a toda la materia una cierta capacidad, más o menos desarrollada, de “representarse” el mundo; para estos pensadores las características externas de la materia no son más que manifestaciones de una dimensión interior de carácter psicoide.

El aspecto psicoide de la materia organizada, en lo que respecta a su vis formativa, parece estar encarnado parcialmente en los genes, es decir, en los fragmentos de ácido dexosiribonucleico de los cromosomas que contienen la información de lo que las células tienen que realizar. En el caso del proceso embrionario, la información almacenada en el doble juego cromosómico constituido en el momento de la fecundación es una especie de “inteligencia maquinal” que lleva en estado latente el plan constructivo que ha de ser realizado paso a paso a lo largo de la ontogénesis. El núcleo del cigote (óvulo fecundado por el espermatozoide), multiplicado al infinito en el proceso de la segmentación, puede ser considerado como un pequeño cerebro que dirige todos los acontecimientos germinales ya que encierra en sí mismo, a modo de engrama, el esquema general del organismo; y así como el cerebro de una persona adulta debe ser concebido como el equivalente somático de sus vivencias psíquicas así también hay que considerar al genoma como el equivalente material de la dimensión interna, psicoide, del germen en evolución.

El desarrollo completo de las ideas expuestas alargaría tanto mi discurso que prefiero cortar aquí la discusión del problema de la finalidad en la génesis de los individuos y pasar a reflexionar sobre este mismo fenómeno en la formación de las especies, es decir, en la evolución filogenética ya que de este modo podré mostrarles a ustedes otra vía de acceso que conduce de la Morfología a la Filosofía.

La finalidad en la génesis progresiva de las formas vivas que habitan la Tierra se presenta bajo el aspecto de un creciente desarrollo de las estructuras nerviosas y una concienciación igualmente creciente del perimundo por parte de los organismos.

Esta insistencia de la flecha evolutiva por alcanzar niveles de conciencia cada vez más altos estimula nuestra razón especulativa y nos induce a pensar sino habrá algo que oriente la génesis de las especies hacia ese estado de conciencia reflexiva que se logra en el nivel humano de la evolución.

—¿Qué significa este formidable ímpetu creador por conseguir formas vivientes capaces de representarse el mundo con la acuidad espiritual con que lo hace el hombre?

—¿Hacia qué polo de atracción se mueve la vida?

—¿Cuáles son las características de ese foco de convergencia de los esfuerzos de la materia organizada por alumbrar de su seno la criatura humana?

Ustedes saben que ARISTÓTELES, en su *Metafísica*, ha creado una de las más profundas Cifras que dan respuesta a estos interrogantes de la Razón especulativa:

El Universo, dice el estagirita, está en perpetuo movimiento; todos los seres del Mundo, los terrestres y los celestes, se esfuerzan por pasar de la potencia al acto, de la mera posibilidad a la plenitud de su ser. Y esto sucede así por que intentan imitar lo mejor que pueden al Acto puro, al Intelecto que se piensa a sí mismo, al Motor Inmóvil que mueve la creación no como una causa eficiente que empuja pasivamente desde atrás sino como una “vis a fronte”, es decir, como un objeto deseable que atrae a la criatura por amor.

ARISTÓTELES concebía el Universo como una totalidad carente de historia ya que las mutaciones que en él se producen son “movimientos” que transcurren en un tiempo reversible. En cambio nosotros hemos descubierto esta dimensión histórica del Cosmos que aparece ante nuestros ojos como un gigantesco proceso de evolución en el que cada nueva modalidad de ser que surge a la existencia procede de otra anterior; la materia inorgánica, fundida y elaborada en los hornos estelares, se transmuta en materia organizada, en substancia viviente, y ésta a su vez,

se transforma en substancia pensante, en asiento e instrumento del espíritu. Pero a pesar de que ya no tiene validez la imagen estática del Universo no obstante sigue vigente la grandiosa Cifra del discípulo rebelde de PLATÓN; es más, su concepción teleológica se adapta mejor para interpretar un Universo en trance de formación que un Mundo acabado en el que nada nuevo adviene a la existencia. En el Universo estático los seres imitan a Dios intentando reproducir su pura actualidad; en el Universo dinámico toda la Naturaleza imita al Motor Inmóvil en lo que tiene de Intelecto y por ello se esfuerza en dar a luz a la criatura humana cuya capacidad de conocer es un reflejo del Acto que se piensa a sí mismo; no en vano se dice que el hombre está hecho a imagen y semejanza de Dios.

\* \* \*

Con esta sumaria exposición de la Metafísica de ARISTÓTELES pongo punto final a este apartado que ya va resultando demasiado largo. Abribo la esperanza de haber conseguido lo que me proponía con él: demostrar, narrando una experiencia personal, que la Ciencia lleva implícita una exigencia de reflexión filosófica; que la Morfología, en cuanto Morfología comparada, evolutiva y causal, obliga al que la cultiva a franquear las barreras del conocimiento científico y a pasar al campo de la Razón especulativa.

## XVI

### FINAL

Al comienzo de mi discurso he colocado, a modo de idea directora del mismo, una importante manifestación de Karl JASPERS acusadora de la situación presente de la Universidad; al llegar al final deseo cerrarlo con otro testimonio suyo que me parece decisivo y que resume en pocas líneas el sentido de lo que he querido llevar al ánimo de ustedes.

Este testimonio dice:

“La superstición científica, que no sabe lo que es realmente la Ciencia, cree poder aprehender la totalidad de la Verdad, de la Realidad y de la Felicidad con los instrumentos y aparatos que se pueden manipular, como si todo lo que es se agotase en la mera posibilidad de ser fabricado.

Pero las Ciencias mismas saben otra cosa. Las Ciencias conocen y testimonian la contingencia de un mundo que aparece ante ellas como algo no cerrado e incompleto en sí mismo. El campo del conocimiento científico, con su validez general y objetiva, no puede ser considerado como la Verdad absoluta.

Y en esto radica el punto decisivo. Es cierto que la Ciencia ha realizado un nuevo, concreto y magnífico concepto de la verdad; pero no es menos cierto que este concepto no es abarcativo de toda la Verdad. El concepto científico de la verdad deja un espacio libre para otra Verdad, la Verdad constituída por los horizontes metafísicos que como entornos limitativos rodean el campo de lo inmanente y de lo dado.

Sin negar el conocimiento científico, es más, exigido por el propio Conocimiento científico, es posible el salto a la Transcendencia. Y este salto es iluminable con el Pensamiento filosófico”.

“La Universidad tiene como misión ineludible hacer que el espíritu

científico desarrolle su influencia y, simultáneamente, encontrar el lenguaje adecuado para la Verdad omnicomprendensiva. Estas tareas pueden ser cumplidas por la Universidad si practica a diario, por docentes y estudiantes, el Pensamiento racional, el cual, en todo paso que da hacia adelante, necesita del Entendimiento, pero que es más que Entendimiento y nace de la conversión íntima del alma hacia lo Transcendente”.

La importancia de este testimonio deriva no sólo de su contenido; por encima de ello debe ser considerado como la confesión de fe de un universitario ejemplar de nuestra época que ha sabido coordinar en su vida real el espíritu científico con una fructífera meditación filosófica.

## BIBLIOGRAFIA

- AIGRAIN, R., *Histoire des Universités*, Presses Universitaires de France.
- DÍEZ BLANCO, A., *La Filosofía y sus problemas*, Scientia.
- IDEM, *Introducción a la Filosofía*, Librería Santarén.
- FRANK, Ph., *Philosophy of Science*, Prentice Hall.
- HAYES, C. J. H. - BALDWIN, M. W. - COLE, Ch. W., *History of Western Civilization*, by The MacMillan Company.
- HEGEL, G. W. F., *Vorlesungen über die Philosophie der Geschichte*.
- HEIDEGGER, M., *Einführung in die Metaphysik*, Max Niemeyer.
- HUTCHINS, R., *The University of Utopia*, The University of Chicago Press.
- LAÍN ENTRALGO, P., *Idea de una Facultad de Medicina*, Tribuna médica, números 236 a 238.
- JASPERS, K., *Warheit und Wissenschaft*. Piper.
- IDEM, *Von der Warheit*, Piper.
- JASPERS, K. und, *Die idee der Universitat*, Springer.
- ROSSMAN, H.
- KANT, I., *Kritik der reinen Vernunft*.
- IDEM, *Kritik der Urteilskraft*.
- LEINFELLNER, W., *Einführung in die Erkenntnis- und Wissenschaftstheorie*, Bibliographisches Institut.
- ORTEGA Y GASSET, J., *Misión de la Universidad*.
- SCHELER, M., *Die Stellung des Menschen im Kosmos*, Nymphenburger.
- IDEM, *Bildung und Wissen*, Schulte-Bulmke.
- TEILHARD DE CHARDIN, P., *Le phenomene humain*, Du Seuil.

ACABOSE DE IMPRIMIR ESTE DISCURSO DE APERTURA  
DEL CURSO ACADÉMICO 1969-70, DE LA UNI-  
VERSIDAD DE VALLADOLID, EL DÍA 20 DE  
SEPTIEMBRE DE 1969, EN LOS TA-  
LLERES DE LA EDITORIAL  
"SEVER-CUESTA", DE  
VALLADOLID